



—¡Tanto dieron, hasta que de verdad se robaron el brillante del Capitolio!

—La gente espera que cualquier día carguen con la cúpula y acaben por llevarse el edificio completo...

—Falta de precaución.

—Los menores abandonados, una gran vergüenza nacional.

¡Por fin se robaron el brillante del Capitolio! Lo tenían basiliqueado; a cada rato daban la noticia de que se lo habían llevado o de que habían intentado sustraerlo. ¡Hasta que se lo robaron!

Dos amigos comentan el hecho y a ese efecto, sostienen la siguiente conversación:

—¿Qué te parece, Ernesto? ¡Se llevaron el brillante del Capitolio!

—A mí no me extraña...

—¿Que no te extraña que se hayan robado el brillante?

—Hombre, no; lo que me extraña es que aún no se hayan llevado el Capitolio... Y cualquier día nos sorprende la noticia...

—¿Tú crees...?

—¿Que si yo creo? Fijate en esto; hace meses hubo quienes cargaron con las bisagras de muchas puertas; luego se llevaron bronce, cerraduras, mármoles, etc.; una noche de éstas se se llevan la cúpula, otra las columnas, y más tarde lo van desarmando a pedacitos y aparece armado en el reparto Almendares, por ejemplo...

—¡Exageraciones!

* * *

Mientras el jefe de la Policía sigue su pista y captura a los ladrones (porque es seguro que ya él sabe quiénes son, y cómo y en qué forma y cuándo cometieron el delito) vamos a decir que la joya en cuestión no podía escapar a la mala suerte que desde la misma noche de su inauguración persigue a la Exposición Nacional de Pintura y Escultura, en la que a un rollo ha seguido otro rollo y a un queque ha seguido otro queque...

Cientos de visitantes estuvieron en el lugar el domingo, prefiriéndolo al espectáculo de las comparas. Hubo mucha concurrencia; y algunos de los que se hacían devotos entusiastas de las bellas artes, yendo para aquí y para allá, en el Salón de los Pasos Perdidos, miraron más para el brillante que para los cuadros y las esculturas. Y, (se supone), que de aquellas visitas o de aquellos visitantes, salió el proyecto de la audaz sustracción, que materializó en un logro de propósito con un éxito brillante también...

No falta quienes estimen que el escandaloso robo se ha debido, principalmente, a una total ausencia de precaución. Veamos por qué: pasó el gobierno de Machado, lleno de políticos viejos, de abrepuestas y de bandoleros; y nadie se atrevió a cogerse el brillante. Pasó la revolución, con sus saqueos, sus aprovechados y el millón catorce de inmoralidades y desafueros; y nadie se robó el brillante. Pasaron los períodos de Mendieta, Barnet, Laredo Bru, e incluso el de Batista, en que hubo de todo; pero el latrocinio imperante respetó el brillante. Toda la gente mala que gobernó a Cuba con anterioridad a la jornada gloriosa, tuvo el escrúpulo de no robarse el brillante famoso. Se produjo el período de transición, llegó la Cubanidad —que es amor— y como se sabía que venía una era de honestidad, lo primero que debió hacerse fue REFORZAR la vigilancia y REFORZAR la montadura y la seguridad del brillante...

Eso ha sido todo, falta de precaución.

La vida suele ser así.

Hay ocasiones en que muchos objetos de valor resisten la presencia constante de los ladrones. Y da la casualidad —como ahora— que cuando más hay que cuidarlos, es cuando la gente buena anda por sus alrededores...

* * *

Y a propósito del robo, ha tiempo que se publicó un chiste que con motivo del caso ha vuelto a recobrar actualidad.

Dos sujetos platicaban junto a la mesa de un cafetúcho.

—¿Tú no sabes, Uldarico, cuál es la joya más valiosa que hay en Cuba? —preguntó uno al otro.

—Yo, no —le contestó.

—¡Pues la joya más valiosa que hay en Cuba, es el brillante del Capitolio... porque está rodeado de perlas...!

* * *

¡Cómo aumenta la legión de menores abandonados, que vagan constantemente por calles, plazas, parques, establecimientos, etc., pidiendo, hurtando, pilleando y acabándose de perder!

Y la legión la forman muchachos de todas edades y colores y NIÑAS, lo que es más triste aún.

Muchos de esos menores son pre-delincuentes y andan solos, viviendo como pueden. En tanto otros son explotados por mayores, de distintas maneras y con diversos fines.

El espectáculo que ofrecen está a la vista y no puede ser más doloroso ni de mayor sonrojo para todos. No intentaremos reproducirlo aquí, entre otras razones porque ya lo hemos hecho en veces anteriores y... nuestras altas autoridades están muy atareadas con la politiquería, para ocuparse de un problema tan nimio como ése...

Ahora bien, existe una fase del asunto en que debiera intervenir-se de inmediato; si no por nosotros, al menos por atenuar la mala impresión que de nuestro país se están llevando los escasos extranjeros que nos visitan, especialmente los turistas. Estos reciben la sensación de que somos una nación muy retrasada y que nuestras costumbres son inciviles, torpes y relajadas. Y eso nos apena muchísimo como cubanos.

Obsérvese los establecimientos al aire libre y sus alrededores, en el Paseo del Prado, (aunque los hechos se producen asimismo en otros, donde suelen acudir los turistas). Nubes de muchachos, sucios, descalzos y andrajosos, azotan a los visitantes; les piden dinero y sobras de comidas y de bebidas —y si no se las dan se las arrebatan—; les llevan los sombreros, espejuelos, carteras y cuantos objetos pueden; y para colmo de colmos, caen sobre ellos grupos de NINAS que frisan entre los 8, 9, 10 y 12 años, que les proponen mani, billetes, pe-

riódicos, maracas, etc.; algunas les piden limosna y otras bailan rumba, conga, etc., formando a su alrededor un nutrido coro de individuos que les celebran la gracia y las ayudan a arrollar. Y esas criaturas de 8, 9 y 10 y 12 años —de las que la sociedad parece haberse olvidado— se entregan a tal faena, desde las nueve de la noche hasta la una y las dos de la madrugada; no abandonan el sitio mientras queden americanos por allí...

¿Cómo será la cosa, señores, que hay días que algunos de los propietarios de esos establecimientos tienen que darle a la canalla, (como ellos le dicen) los 20, los 30, los 40 y hasta los 50 centavos —a los jefes de grupos— para que se vayan y dejen tranquilos a los turistas! ¡Pagan, porque no los ahuyenten! Y lo del cobro del barato por tal concepto, se ha corrido entre pequeños y grandes y de ello se aprovechan todos...

¿No habrá manera de suprimir eso?

¿No podemos evitarnos semejante vergüenza, a los ojos de quienes nos visitan?

¿Es que en realidad no pensamos hacer nada por esos menores abandonados?

¿No le interesa a nadie saber que la mitad de ellos está perdida y la otra mitad está perdiéndose?

¡Piensen en eso y consideren esos los que obligados están a pensar y a considerar en torno al problema, que es un problema de interés común, y, sobre todo, de interés cubano!

M, marzo 26/46